

## Haciendo historia. La persecución religiosa en los libros

MILAGROSA ROMERO SAMPER

*Profesora Titular de Historia Contemporánea de España  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad San Pablo CEU, Madrid*

### Introducción<sup>1</sup>

La historia de la persecución religiosa, la historia de los mártires: en cualquier caso, historia como hechos acontecidos, e historia como narración. Esto podría pensarse al afrontar una «historia» de las historias sobre la persecución religiosa y sobre los mártires de 1934-1939, si no fuera porque este enfoque simplificador se limitaría a poco más que la realización de una bibliografía más o menos completa de lo publicado hasta la fecha sobre el tema. Sin embargo, unas jornadas dedicadas de forma específica al contexto histórico de la persecución religiosa de los años 30 en España imponen un análisis más cuidadoso de la historiografía. Para empezar, habrá que delimitar el género historiográfico al que se adscriben las obras. Para ello habrá que

<sup>1</sup> Esta publicación se inserta dentro del proyecto ENOBREP (El Encuadramiento Obrero en la España de posguerra, VI Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2008- 2011, Subprograma Historia, Ministerio de Ciencia e Innovación, HRA2010-17955).

tener en cuenta la finalidad de las mismas, de las que depende la forma, el enfoque, el contenido. Habrá que ver también si esas características resultan apropiadas en el momento en que se escribió la obra, y en el momento actual. Es interesante, también, analizar la evolución que la producción historiográfica ha ido experimentando a lo largo de los años en cuanto a cantidad y enfoque. Y, por último, no puede faltar un análisis de los rasgos más sobresalientes, a fin de llegar a unas conclusiones que permitan determinar el valor, desde un punto de vista meramente historiográfico, de dicha producción. En suma, habrá que prestar especial atención a la metodología propia del género y plantear, desde ella, una nueva hagiografía. Consideramos que esto último es necesario porque la calidad *meramente historiográfica* es algo que por fuerza repercute en la consecución de los fines de este tipo de obras.

## 1. Definición del género: ¿hagiografía o historia?

¿Y cuáles son esos fines? Nos encontramos desde el principio con una dicotomía entre los libros de historia sobre la persecución religiosa, de una parte, y los libros individuales o colectivos sobre los mártires, por otra. A esta dicotomía hacía referencia monseñor Antonio Montero en su obra pionera, desde un punto de vista historiográfico, sobre la persecución religiosa en España, y que se ha convertido en un clásico de referencia. Montero reproducía unas líneas de Alberto Bonet en la revista *Ecclesia*: ya en mayo de 1947 este autor observaba, frente a los numerosos relatos de martirios y atrocidades,

«...Al lado de este trabajo (...) deseáramos otro más complejo y delicado: la historia de la persecución religiosa documentada, extensa, con la descripción detallada de los hechos, consignas, doctrinas y personas, orígenes y consecuencias, con la objetividad,

los matices, la altura de criterio y el arte literario que la dignidad de la cosa reclama... ¡Ojalá que estas líneas pudieran despertar la vocación de tal esfuerzo en un joven de grandes alientos! (...) El autor debe morar en las cumbres serenas de la investigación histórica y de la reflexión filosófica, política y religiosa»<sup>2</sup>.

Las «cumbres serenas de la investigación histórica» exigen, según el propio Montero, la adopción del método científico y el planteamiento de una serie de problemas metodológicos que, por su vigencia y su utilidad, repetimos a continuación. En primer lugar, observa el autor, el trabajo del historiador no es un trabajo teológico. Esto nos parece sumamente importante porque constituye la diferencia fundamental entre el género historiográfico propiamente dicho y el género hagiográfico, que pudiéramos considerar una variante específica de aquel. En realidad, es en la finalidad, más que en el método, donde estriba la especificidad de la hagiografía. Y, sin embargo, muchas veces el fin condiciona el método, o, al menos, la forma.

El método histórico, basado en el análisis y la crítica de fuentes, queda fijado en el siglo XIX, cuando se pretende, como es sabido, dar rigor científico a la disciplina histórica. No es solo Ranke (aunque suele ponerse como modelo) el que propugna una historia lo más objetiva posible, que prima la exposición de los hechos y la narración, sin renunciar a la explicación, según el principio de causalidad. La suya no es, como a veces malintencionadamente se pretende, una historia meramente descriptiva, y sus reticencias se dirigen más bien a las pasiones que pueden condicionar al historiador. Mucho han cambiado las cosas, y para los historiadores posmodernos la subjetividad y el propio historiador saltan a primer plano, pero aun así, y aunque renuncien a la frase algo grandilocuente de la Historia como «maestra de vida», tanto los historiadores clásicos como los amantes de la «deconstrucción» aspiran a ofrecer en mayor o menor medida

<sup>2</sup> ALBERTO BONET, «Nuevo Martirologio», *Ecclesia*, 24/05/1947, p. 7. Citado por ANTONIO MONTERO, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, BAC, Madrid 1961, p. XI.

una visión (o su visión) que ayude al lector a comprender el mundo en que vive. El autor de hagiografías o vidas de santos pretende sin embargo ofrecer modelos de vida cristiana a los fieles, incitándolos a la imitación, y promover la veneración de los santos.

En cuanto al método, no se puede decir que la hagiografía, como género historiográfico que es, se despreocupe de cualquier inquietud científica. Las simplificaciones peyorativas del término o la proliferación de relatos fantásticos en las leyendas medievales pueden hacer olvidar el carácter histórico de las primeras actas de los mártires, y, sobre todo, de la aparición de la hagiografía crítica de la mano de Jean Bolland y los llamados *bolandistas* en el siglo XVII. Preocupados por la crítica protestante y por el pábulo que a esta ofrecían las supersticiones populares, los jesuitas belgas representados por Rosweide, Bolland, y Henskens proponen publicar las vidas de los santos acompañadas de un estudio sobre la época tanto de sus autores como de los santos en cuestión, sobre su vida, lugar y fecha de la muerte, y sobre la autenticidad de los hechos a ellos atribuidos. Podría decirse con toda justicia por tanto que la hagiografía así entendida no se diferencia sino por el tema y los fines de la historiografía en sentido amplio, de la que vendría a ser un subgénero.

¿Por qué entonces los escrúpulos de Bonet y de Montero por escribir una obra «desde las cumbres serenas de la investigación histórica», si esas cumbres podían darse por conquistadas desde la aparición de la hagiografía crítica? Seguramente, porque la difusión de esta quedó limitada a ciertos reductos, mientras que en torno a la persecución religiosa de 1934-1939 cobraban vida relatos de carácter más popular, que seguían por cierto los patrones de las *passiones* difundidas en los primeros siglos del cristianismo. En ellas se relacionaba la vida y sobre todo la muerte del santo con la Pasión de Cristo, ofreciendo todo tipo de detalles truculentos sobre el suplicio, y subrayando la serenidad de los mártires frente a sus verdugos. Tanto el lenguaje de las obras como el comportamiento de los santos obedecían a modelos es-

tereotipados según los panegíricos antiguos. Este modelo, que se prolonga a lo largo de la Edad Media, no prestaba mucha atención al rigor histórico (que, en su intención moralizante, era lo de menos).

¿Puede decirse que «documentación, objetividad, arte literario», en palabras de Bonet, cedían en la producción histórica sobre los mártires a la finalidad hagiográfica? ¿O más bien para Bonet y Montero su falta era achacable a falta de pericia historiográfica? Fuere como fuere, el caso es que Montero, a la altura de 1961 y teniendo a la vista las 200 obras impresas hasta entonces, señala una serie de puntos que nos parece pueden seguir teniendo vigor para analizar los libros sobre la persecución religiosa y los mártires:

1. Resultaba necesario efectuar un encuadramiento histórico sobre las «raíces sociales, ideológicas y políticas» de la persecución, ampliando los intentos de explicación a los precedentes o «motivos» para la eliminación de eclesiásticos o seculares. Aun reconociendo el carácter excepcionalmente sangriento de la persecución religiosa en España, apuntaba a la necesidad de realizar un enfoque más amplio: «Se trata de un hecho eclesial de primera magnitud que sería miope querer reducir a los estrechos límites de la historia de España»<sup>3</sup>.
2. Por otra parte, en cada caso concreto habría que discernir los factores de otro tipo (políticos, militares, económicos, sociales) que hubieran podido intervenir en las muertes. En este sentido, Montero señalaba que «rara es la vez en la que las víctimas de odio a la Iglesia, incluso los mártires canonizados, lo han sido por alegatos exclusivamente religiosos», lo cual no significa que este no fuera el motivo principal<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> MONTERO, op. cit., pp. XII y XIV.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. XIV. Queriendo sin duda minimizar, cuando no ocultar o eliminar la persecución religiosa, autores actuales como Julián Casanova o,

3. Tanto el encuadramiento histórico como el estudio de los diversos casos debía abordarse con un adecuado aparato crítico, «cernido de impurezas novelescas». Muchos de los libros publicados antes del final de la guerra carecían de datos suficientes sobre el conjunto de la persecución. Montero aporta el uso de fuentes que se han generalizado y perfeccionado después de él: las fuentes hemerográficas, importantes para conocer la mentalidad persecutoria en la España frentepopulista; los informes de las distintas diócesis y órdenes elaboradas ex profeso para la confección de la obra y, por último, las entrevistas a testigos (hoy en día ya casi imposibles de realizar).
4. Montero notaba, en la bibliografía sobre la persecución religiosa, una gran fragmentación, que hacía necesaria una obra de conjunto. La fragmentación se refiere tanto a la selección de pocos casos significativos y llamativos (pero que en ningún caso constituían una historia de la Iglesia en su conjunto en esa zona determinada), como a la publicación de monografías heterogéneas, según diócesis o familias religiosas. Este hecho, notado por Montero y que él atribuye al interés exclusivo de cada historiador por los miembros de su orden o de su diócesis, puede atribuirse sin embargo (pensamos) al procedimiento mismo de las causas de beatificación: ello explicaría que en la historiografía más reciente siga observándose el mismo fenómeno.
5. Junto a los religiosos, Montero notaba la necesidad de incluir a los laicos martirizados por motivos religiosos, y que hasta entonces habían recibido escasa atención, en su opi-

en sus tiempos, Tuñón de Lara, atribuyen los asesinatos de religiosos exclusivamente a motivos «político-sociales», interpretación que es rebatida con contundencia por ÁNGEL DAVID MARTÍN RUBIO en «¿Persecución religiosa o represión socio-política?» (*Los mitos de la represión en la guerra civil*, Grafite, Barakaldo 2005, pp. 225 y ss.), y por VICENTE CÁRCEL ORTÍ en sus diferentes obras (como por ejemplo en «Los mártires de la fe cristiana», en *Caidos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*, Espasa Calpe, Madrid 2008, pp. 402-407).

- nión, por parte de los historiadores religiosos. De hecho, él les asigna dos capítulos de su obra.
6. Otro aspecto que le parece importante destacar, y que considera tanto o más ejemplar que el martirio en sí, es el desarrollo de la vida eclesial en la zona denominada roja, en plena persecución<sup>5</sup>. Puede ser que esta apreciación de Montero tenga mucho que ver con el año en que se formula: en 1961 estaba en marcha (por no decir que era un hecho) la «reconciliación nacional». Incluso oficialmente, la celebración en 1964 de los «25 años de paz» dejaba atrás el discurso bélico y justificaba el régimen de Franco no ya como el resultado de una victoria, sino como el artífice de los logros del incipiente desarrollismo. Así las cosas, y en puertas del concilio Vaticano II, creemos que se entiende la especial sensibilidad de Montero hacia estos aspectos eclesiales, que no soslaya en ningún momento, dicho sea de paso, la importancia del martirio en sí.
  7. El propio momento histórico hace sin duda que Montero reconozca el carácter «comprometido» del tema histórico en cuestión, reformulando la pregunta que por otra parte estuvo presente desde el principio de la guerra en no pocos eclesiásticos, como el padre Sarabia o el padre Peiró; citando a un autor de la inmediata posguerra, reflexiona:
  8. «Me preguntaba yo: ¿rechazan a los ministros por causa de Jesús, o rechazan a Jesús por causa de sus ministros? La primera hipótesis es muy halagadora, pero la segunda es también posible, y, en el rechazarla de pleno, ¿no habrá nada de fariseísmo?»<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> «No es frecuente que se nos hable de la organización eclesiástica en la zona roja, así como tampoco de la administración de sacramentos y de toda la labor pastoral. Creemos, sin embargo, que es este uno de los temas más enjundiosos del trienio bélico español y que, a todos los efectos, posee un valor de ejemplaridad, parangonable, y superior en ocasiones, al derramamiento de sangre» (MONTERO, op. cit., p. XV).

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. XIII. Montero cita a un tal E.A., autor de *Los jesuitas en el Levante*

9. Las mismas circunstancias históricas le hacían también denunciar el lenguaje acalorado de muchas de las obras escritas hasta entonces: «Nada digamos del calor excesivo, transido no pocas veces de auténtica pasión bélica, que acusan determinados cronistas, empañando con ello las incontestables verdades que, por vía ordinaria, suelen aducir»<sup>7</sup>. A esto habría que añadir las «impurezas novelescas» que, fruto de la pasión del momento, o de una escasa crítica de las fuentes, venían a atentar también contra «el arte literario que la cosa reclama». Es el tema del estilo cuestión que merece tratamiento aparte porque, como bien señaló Montero, puede comprometer los fines perseguidos, si bien estamos seguros de que la adopción de cierto tono y lenguaje (no necesariamente acalorado o parcial, desde un punto de vista político, sino también sentimental o emocional) es en muchas ocasiones intencional, buscándose conmovir al lector por la vía más fácil. Contra ello pone en guardia también Montero:
10. «¿Puede armonizarse la exposición objetiva, fría, y cargada de pruebas críticas sobre los hechos, con el temblor devoto de que debe estar penetrada toda hagiografía auténtica? Es claro que si la realidad tiene fuerza de por sí, lo mejor será presentarla con sencillez y dejar que ella produzca sus efectos (...) desde luego, todas sus líneas han sido pensadas y redactadas con una consciente economía de adjetivos, cuidando de moderar a la vez el vituperio para los verdugos y el elogio para las víctimas (...). La objetividad y el equilibrio, aunque puedan enfriar ciertos entusiasmos superficiales, honran mucho mejor a los actores de una gesta que los párrafos hinchados o las consideraciones forzosamente pías»<sup>8</sup>.

rojo (p. 59), si bien como autor de dicha obra hemos encontrado a MIGUEL BATLLORI (*Los jesuitas en el Levante rojo: Cataluña y Valencia, 1936-1939*, imprenta de la revista *Ibérica*, Barcelona 1941).

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. XV.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. X.

Con la enumeración de los problemas principales que planteaban, al parecer de Montero, las obras sobre la persecución religiosa se puede deducir que lo que él pretende (y por lo demás expresa explícitamente en la introducción a su obra) es realizar una obra de conjunto, historiográficamente «seria». Muchos de los puntos anteriores, si bien se mira, son los que marcan las características propias del género historiográfico. En cuanto al fin, como se ha dicho, Montero se aparta del género hagiográfico tradicional, puesto que no pretende realizar un trabajo teológico, sino meramente histórico, aunque -y he aquí lo verdaderamente interesante- un trabajo histórico riguroso pueda contribuir a la causa martirial:

«No pretende sentar tesis sobre el valor martirial de muchos de los acontecimientos narrados a lo largo de estas páginas. Ello es competencia de los tribunales eclesiásticos y, en definitiva, de la Sagrada Congregación de Ritos, que a nadie toca anticipar. El hecho de que estén en curso los procesos de beatificación de varios centenares de víctimas supone ya de por sí que el fenómeno persecutorio español lleva dentro, en medida muy respetable, un contenido martirial. Para aclarar y definir semejante apreciación, pocos servicios serán tan útiles como el estudio histórico de cada caso y de todo el conjunto, encuadrando bien sus antecedentes y circunstancias. El historiador cumple su oficio al poner en manos del simple lector o del juez eclesiástico un material narrativo apoyado en bases críticas y cernido de impurezas novelescas»<sup>9</sup>.

En otras palabras, lo mismo que sucedía con el lenguaje adoptado, el trabajo historiográfico tendría a la larga, si está realizado según la metodología apropiada, los efectos deseados en toda producción hagiográfica.

La obra de historia (y por tanto la misma hagiografía), añadimos, es un acto de comunicación entre el autor o emisor y el público o receptor. Para que la comunicación del mensaje se lleve a cabo con éxito, es necesario que esté elaborado conforme un método

<sup>9</sup> MONTERO, *op.cit.*, p. XI-XII.

y expresado en un código o lenguaje compartido y comprensible por ambas partes. Cada época y cada sociedad requerirán por tanto un método y un lenguaje determinados. Como se ha visto, a comienzos de los años 60 monseñor Montero consideraba necesaria una renovación. ¿Cuál era la bibliografía que le hacía llegar a esa conclusión?

## 2. Evolución de la bibliografía específica sobre los mártires de 1934-1939

Está claro que, desde la publicación de la obra de Montero, se han añadido muchos títulos que vienen a aumentar no solo el número sino la propia tipología de las obras, que ya no cabe reducir a los primeros martirologios elaborados «en caliente» al final de la guerra. Dentro de la tipología, nos atrevemos a incluir la categoría de «fuentes», puesto que en ocasiones han sido publicadas (caso de las memorias), o bien se conservan diferentes copias que se consignan en las bibliografías (incluida la de Montero), y que han sido utilizadas, por no decir reproducidas, sin citar. Consideramos además que la edición de fuentes es un capítulo pendiente en la historia de los mártires.

### Tipología

Atendiendo a todo ello, podemos distinguir entre:

#### 1. Fuentes:

- Memorias de la época, bastante numerosas en un primer momento, y que se han ido publicando después de forma puntual, sobre todo a raíz de la reactivación de los procesos de beatificación en los años 80. La moda de la «memoria

histórica» podría dar lugar a recuperar este tipo de testimonios mediante ediciones críticas debidamente cuidadas<sup>10</sup>.

- *Positiones* de las Causas de beatificación, que a menudo se usan sin citar en obras de síntesis o divulgación, y que sin embargo reúnen los criterios de la historiografía científica, cosa que se debería destacar.
- Informaciones de las diócesis y órdenes religiosas, redactadas para elaborar las causas de beatificación principalmente, pero también incluidas en las informaciones para la Causa General. Esta última es de por sí otra de las fuentes obligadas para el estudio de la persecución religiosa en España. En el caso de publicación de este tipo de fuentes, habría que incluir una explicación sobre sus características y su forma de elaboración<sup>11</sup>.

#### 2. «Hagiografías»:

Martirologios confeccionados por las diócesis, congregaciones, provincias eclesásticas... Pueden usar las fuentes anteriores, pero no suelen citarlas. Su fin es impulsar la devoción y apoyar las causas. Obras de referencia para los historiadores actuales siguen siendo las de Teodoro Toni, Aniceto de Castro Albarrán, Luis Carreras y Sebastián Cirac, publicadas en una fecha muy temprana<sup>12</sup>. Alfredo Verdoy hace un análisis sobre estas obras, a

<sup>10</sup> Es un buen ejemplo la obra recopilatoria coordinada por JOSEP MASSOT I MUNTANER y prologada por Albert Manent, *La persecució religiosa de 1936 a Catalunya: testimoniatges*, Abadía de Montserrat, Barcelona 1987.

<sup>11</sup> Existen además infinidad de otras fuentes, como los boletines eclesásticos, las noticias en la prensa, etc., que por su naturaleza no se prestan tanto a su publicación, si bien son regularmente utilizadas por los historiadores.

<sup>12</sup> TEODORO TONI RUIZ, *Iconoclastas y mártires: por Ávila y Toledo*, Gráf. de la Santa Casa de Misericordia, Bilbao 1937; ANICETO DE CASTRO ALBARRÁN, *Este es el cortejo: héroes y mártires de la cruzada española*, Gráficas Cervantes, Salamanca 1940; LUIS CARRERAS, *Grandeza cristiana de España: Notas sobre la persecución religiosa*, imprenta Les Frères Douladoure, Toulouse 1938. Esta última fue traducida y publicada en francés (Fernand Sorlot, París 1939), e inglés (Burns Oates & Washbourne, Londres 1939);

las que atribuye (sobre todo a las de Toni y Carreras) la voluntad de objetividad, el uso de fuentes y testimonios directos, así como el mérito de haber investigado en las causas de la guerra y de la persecución religiosa, esfuerzo que se va difuminando en las obras posteriores<sup>13</sup>. La producción de hagiografías, como se verá, se prolonga en los años siguientes con altibajos, hasta llegar al momento actual.

### 3.- Historias sobre la persecución religiosa:

Suelen llevar este título, y su enfoque y finalidad quedan explicadas en los puntos destacados por Montero, cuya obra puede considerarse pionera de este enfoque, seguida por las ya citadas de Cárcel Ortí, o las de José Francisco Guijarro y Ángel David Martín Rubio<sup>14</sup>. Todas estas obras suelen incluir

SEBASTIÁN CIRAC ESTOPIÑÁN, *Los héroes y los mártires de Caspe*, Octavio y Felez, Zaragoza 1939, y *Martirologio de Cuenca*, 1947.

<sup>13</sup> ALFREDO VERDOY, «I «martiri» della guerra civile spagnola nella storiografia e nell'agiografia», en ALFONSO BOTTI (coord.), *Clero e guerre spagnole in età contemporanea (1808-1939)*, Rubbettino, Turín 2011, p. 349-355. De hecho, Verdoy sigue a Montero en su opinión de que estas obras sentaron el modelo para todas las hagiografías que se escribieron después, bastante repetitivas y con las carencias que se han señalado (ALFREDO VERDOY, «Los martirologios españoles de la guerra civil. Nuevas perspectivas de estudio», *Estudios Eclesiásticos*, vol. 84, 2009, n. 330, pp. 631-632).

<sup>14</sup> JOSÉ FRANCISCO GUIJARRO, *Persecución religiosa y guerra civil. La Iglesia en Madrid, 1936-1939*, La Esfera de los Libros, Madrid 2006; ÁNGEL DAVID MARTÍN RUBIO, *La Cruz, el perdón y la gloria*, Ciudadela, Madrid 2007, y «La persecución religiosa en España (1931-1939): una aportación sobre las cifras», *Hispania Sacra*, 53, 2001, pp. 63-89. Sin ánimo de agotar la bibliografía, mencionemos entre los artículos y estudios parciales o locales sobre el tema: JUAN BAUTISTA VILAR RAMÍREZ, «La persecución religiosa en la zona nacionalista durante la Guerra Civil» (*Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*, Universidad de Murcia, Murcia 1987, vol. 2, pp. 1749-1762); ÁNGEL DAVID MARTÍN RUBIO, «Persecución religiosa y represión socio-política en la provincia de Badajoz durante la Guerra Civil (1936-1939)» (*Hispania Sacra*, Vol. 47, N° 95, 1995, pp. 37-65); JOSÉ GARCÍA-CUEVAS VENTURA, «La Guerra Civil desde la posguerra: Apuntes sobre la persecución religiosa en Córdoba» (*Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, n° 9, 1996, pp. 229-238), JOSÉ-DEOGRACIAS CARRIÓN ÍÑIGUEZ, «La persecución religiosa en la provincia

uno o varios capítulos sobre los antecedentes de la persecución y la política religiosa de la II República, tema que de por sí es objeto de monografías específicas que no se extienden al tema del martirio más allá de la quema de conventos de 1931 o el comienzo de la guerra civil<sup>15</sup>.

Relacionada con el tema de la persecución, hasta solaparse en ocasiones con ella, y de necesaria consulta para el estudio de los mártires y su mundo, es la cada vez más abundante bibliografía sobre el anticlericalismo español en sus diferentes aspectos<sup>16</sup>.

de Albacete durante la guerra civil (1936-1939)» (*II Congreso de Historia de Albacete: del 22 al 25 de noviembre de 2000*, Vol. 4, 2002, *Edad Contemporánea* / coord. por CARLOS PANADERO MOYA, MANUEL REQUENA GALLEGO, pp. 301-315); ENRIQUE SOMAVILLA RODRÍGUEZ, «La persecución religiosa en España durante la II República y la Guerra Civil» (*Religión y cultura*, n.º 245-246, 2008, pp. 491-526).

<sup>15</sup> Valgan como ejemplo en este sentido las obras de VÍCTOR MANUEL ARBELOA, *La semana trágica de la Iglesia en España (8-14 octubre 1931)* (Encuentro, Madrid 2006), o *La Iglesia que buscó la concordia (1931-1936)* (Encuentro, Madrid 2008).

<sup>16</sup> Una simple búsqueda en Dialnet arroja en el momento de escribir estas líneas más de 200 referencias sobre el tema. Aparte de las contribuciones específicas de MANUEL DELGADO (*La ira sagrada: anticlericalismo, iconoclastia y anti-ritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, Humanidades, 1992), RAFAEL CRUZ y MANUEL PÉREZ LEDESMA (eds.: *Cultura y movilización e la España contemporánea*, Alianza, Madrid 1997), MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ (*El anticlericalismo español en sus documentos*, Barcelona, Ariel, 1999), o MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO (*Anticlericalismo y libertad de conciencia: poder y religión en la Segunda República Española (1931-1936)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2002), nos limitaremos por razones de brevedad a mencionar dos amplias obras de conjunto, que contienen capítulos específicos sobre el anticlericalismo y la persecución religiosa en la guerra civil. Una es la coordinada por EMILIO LA PARRA y MANUEL SUÁREZ CORTINA, *El anticlericalismo español contemporáneo* (Biblioteca Nueva, Madrid 1998), en el que destacamos el capítulo de JULIO DE LA CUEVA MERINO, «El anticlericalismo en la Segunda República y la guerra civil», y la dirigida por ALFONSO BOTTI, *Clero e guerre spagnole in età contemporanea (1808-1939)* (Rubbettino, Turín 2011), a algunos de cuyos capítulos hacemos referencias en estas líneas.

Ni que decir tiene que el tema de la persecución religiosa aflora también en las historias eclesiásticas generales y en las monografías sobre eclesiásticos del período.<sup>17</sup>

### 3. Cuantificación y evolución

Teniendo en cuenta lo anterior, resulta evidente la necesidad de realizar una bibliografía completa y un examen de la misma, todavía no cerrado. Entre muchos ejemplos que podríamos citar, mencionemos que en la Biblioteca Nacional no se encuentran todas las referencias indicadas en la bibliografía de Montero, y que, además, las que aparecen están dispersas bajo diferentes descriptores: «persecución religiosa», «atrocidades», etc.

Así, una primera búsqueda según estos descriptores arroja 146 títulos solo en la Biblioteca Nacional, mientras que Alfredo Verdoy da cuenta de casi 200, publicados exclusivamente en los años 40 y 50<sup>18</sup>. Analizando la distribución temporal de esos 146 títulos, publicados entre 1935 (la primera monografía se refiere a los mártires de Turón durante la revolución de Asturias) y 1989, fecha a partir de la cual las obras editadas aumentan en forma exponencial a raíz de las beatificaciones, se puede observar a grandes rasgos una primera etapa durante la misma guerra o a su fin, durante la que se editan muchos testimonios personales.

<sup>17</sup> Destaquemos la publicación por JOSÉ ANDRÉS-GALLEGO y ANTÓN PAZOS del *Archivo Gomá* (Madrid, CSIC, 13 vols., 2001-2010). En el umbral de la guerra civil se detiene la reciente bibliografía sobre el cardenal primado de MIGUEL ÁNGEL DIONISIO VIVAS, *Isidro Gomá ante la Dictadura y la República*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2011.

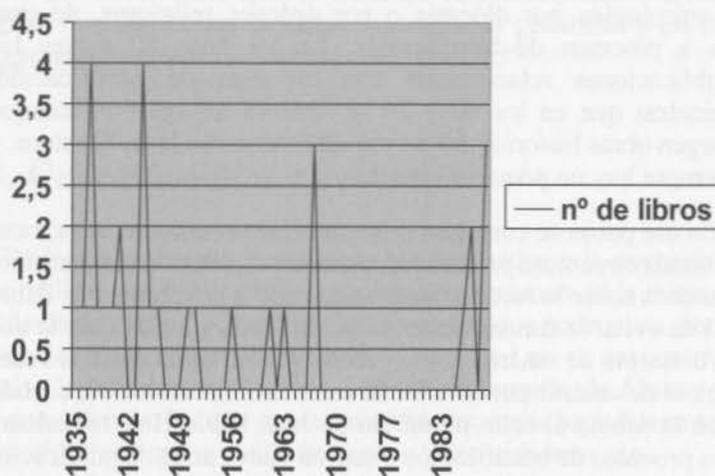
<sup>18</sup> Se refiere a la bibliografía recogida por Montero. VERDOY, «I "martiri" della guerra civile spagnola nella storiografia e nell'agiografia», cit., p. 355. Este autor denomina a esta etapa «el desierto del postconcilio» («Los martirologios españoles de la guerra civil. Nuevas perspectivas de estudio», cit., p. 632).

Asimismo, en la inmediata posguerra comienzan a publicarse martirologios por diócesis o por órdenes religiosas, de cara ya a procesos de beatificación. En los años 50 siguen las publicaciones relacionadas con procesos de beatificación, mientras que en los 60 y 70 se observa un «parón», aunque surgen obras historiográficas importantes como la de Montero, y siempre hay un pequeño «goteo».

En ese parón se conjugan diferentes factores, como la ya mencionada coyuntura política (especialmente a raíz de la transición, fundada sobre la reconciliación nacional) o la voluntad de Pablo VI de evitar la canonización indiscriminada y masiva, en la que el concepto de «mártir por la patria» se confundía muchas veces con el de «mártir por la fe<sup>19</sup>». El vacío termina en los 80, cuando con la subida al solio pontificio de Juan Pablo II se revitalizan los procesos de beatificación y hay un nuevo auge de publicaciones, que se intensifica especialmente a partir de los 90<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Sobre estos motivos hace un resumen VERDOY, «I martiri...», cit., p. 357. Siguiendo a RAGUER («Los mártires de la guerra civil», *Razón y Fe*, n.º 215, 1987, pp. 883-884), refiere las tensiones que se crearon por este motivo entre el gobierno de Franco y el Vaticano, y que casi llevaron, en su opinión, a la ruptura.

<sup>20</sup> En este sentido, cabe destacar el esfuerzo realizado por la editorial Edibesa a partir de 2005, con trece obras publicadas hasta 2009. Mencionemos aquí también las dos obras de SANTIAGO CANTERA MONTENEGRO, *Antonio Molle Lazo (1915-1936). Juventud, Ideales y Martirio*, Scire, Barcelona 2009; *Así iban a la muerte. testimonios de jóvenes de la guerra de España (1936-1939)*, Voz de Papel, Madrid 2011.



*Evolución del número de libros publicados sobre los mártires, 1935-1989<sup>21</sup>*

Teniendo en cuenta las reflexiones que hizo Mons. Montero en su día, y añadiendo observaciones personales tras el examen de la producción bibliográfica sobre la persecución religiosa y los mártires, se hace más patente aún la diferencia entre obras de carácter hagiográfico, pero con escaso valor científico (o cuyo valor científico podría ser mayor) y obras de carácter no declaradamente hagiográfico, elaboradas según las normas del método histórico<sup>22</sup>. Ante ello, el historiador actual ha de plantearse los siguientes interrogantes:

<sup>21</sup> Elaboración propia a partir de las 146 referencias mencionadas existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid. Los datos deberían ser completados con otras publicaciones que no figuran en el catálogo.

<sup>22</sup> Para una valoración crítica de esta bibliografía remitimos de nuevo a los dos artículos mencionados de Alfredo Verdoy.

- ¿se amoldan las obras actuales a los requisitos del género histórico?

- ¿es necesario un cambio en la orientación del género para llegar mejor al público de nuestra época?

- ¿cuáles son el método y el lenguaje más convenientes en medio de la tormenta de la «memoria histórica»?

Examinemos los diferentes puntos, sobre los que haremos también sugerencias.

#### 4. Metodología

En las obras publicadas en un primer momento con carácter memorialístico es disculpable la falta de un apartado metodológico. Lo mismo podría decirse de los martirologios publicados en los años 40, pero hoy en día resulta imprescindible incluir, al principio de las obras, una introducción en que se explique la metodología y las fuentes consultadas, sin limitarse a enumerar una bibliografía sucinta de forma general, o a decir que el libro se basa en otro anterior. Como modelo de introducción metodológica científica podemos citar la que realiza Ángel David Martín Rubio, en su artículo ya mencionado de *Hispania Sacra* y en su librito *La Cruz, el perdón y la gloria*. Estas son algunas de las cuestiones metodológicas que plantea este autor:

- Insertar la persecución religiosa dentro de la represión en la retaguardia, y calcular el porcentaje de víctimas por causas religiosas dentro del total. Martín Rubio no incluye sin embargo de momento a seculares muertos por motivos religiosos, por hallarse los estudios sobre esto menos desarrollados y ser los motivos de las muertes más difícilmente discernibles. Lo mismo sucede, añadimos, con los sacerdotes diocesanos, cuyas causas de beatificación no han recibido el mismo apoyo que las de los miembros de congregaciones religiosas. Ambos grupos deberán recibir en el futuro la atención que merecen.

- Situar los asesinatos por causas religiosas en relación con las fases de la guerra, su evolución cronológica y su situación geográfica (por ejemplo: en Cataluña o Madrid el número de víctimas es mayor al estar más tiempo en poder frentepopulista).
- Distinguir entre las distintas fases de la represión, de la «violencia revolucionaria» del primer momento, al «terror institucionalizado» de las checas, el SIM, las listas y las sacas.
- Incluir los saqueos, profanaciones, etc., (en palabras de Montero: «el martirio de las cosas»), incluyendo los anteriores a julio de 1936.

Podemos añadir a estas otras cuestiones metodológicas. Por ejemplo, cuando la obra consista en la reproducción de una fuente u obra antigua sería necesario acompañarla de una introducción crítica<sup>23</sup>. Otro aspecto importante es la inclusión, bien sea en la introducción bien en los capítulos, de cifras y datos que avalen, sin necesidad de más comentarios o epítetos, la realidad del hecho martirial, referido a personas y a cosas. Es un hecho que los números «cantan», y en este caso sirven para dar una idea concisa y precisa de la extensión de los hechos.

Más allá de esto, la renovación metodológica (y por tanto la renovación de la hagiografía) pasa por la adopción de nuevos enfoques multidisciplinares y el tratamiento de nuevos temas, que proponemos más adelante. Todo ello ha de explicarse también en la introducción metodológica.

<sup>23</sup> Aquí vale como ejemplo de edición crítica la obra ya citada de JOSEP MASSOT I MUNTANER y prologada por Albert Manent, *La persecució religiosa de 1936 a Catalunya: testimoniatges*.

## 5. Fuentes

Con la metodología, la cita de fuentes es uno de los «puntos flacos» de las obras tradicionalmente denominadas hagiográficas. Sin embargo, repetimos que la hagiografía es un género histórico y como tal ha de respetar sus normas. En términos generales, las fuentes se van «perdiendo» por el camino: al principio se citan fuentes primarias, testimonios directos, causas; a medida que pasan los años se pierde el contacto con las fuentes directas y se puede llegar a prescindir del aparato crítico.

En las obras editadas en los últimos años hay de todo: libros donde se citan las fuentes de forma genérica al principio, aunque no se haga de forma concreta en el texto, con la idea de «no fatigar al lector», y de que se trata de libros de divulgación; libros donde se citan las fuentes correctamente a pie de página en todo el libro<sup>24</sup>, libros donde (seguramente por ser de autor colectivo) solo se hace en algún fragmento aislado; libros que se construyen a base de «cortar y pegar» testimonios procedentes de distintas fuentes, que se empalman sin solución de continuidad...

Como orientación general recordemos las «normas básicas» en lo que a uso y cita de fuentes se refiere:

- mencionar siempre el origen de las fuentes;
- explicar el proceso de elaboración de las *positios*, cuando se utilizan como fuente;
- evitar el uso de una sola fuente: quedan mencionadas más arriba las principales. En todos los casos resulta fundamental contrastarlas;
- contrastar también (creemos que es interesante) con la propaganda anticlerical que se encuentra en las fuentes hemerográficas;

<sup>24</sup> Por poner un solo ejemplo, GREGORIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ (*El hábito y la cruz*, Edibesa, Madrid 2006), emplea bien el aparato crítico.

- puede resultar muy útil cruzar además las fuentes con las bases de datos que ya se están elaborando sobre el tema;
- citar siempre las fuentes en notas a pie de página o al final del capítulo o de la obra si se quiere aligerar la lectura. Recordamos que la cita de las fuentes tiene carácter probatorio: es la demostración de lo que decimos, y por eso resulta imprescindible hacerlo;
- además de a pie de página, incluir siempre un capítulo final con la bibliografía y fuentes utilizadas.
- en un libro sobre varias personas o de distintos autores, seguir un criterio homogéneo en las citas, citando las fuentes en todos y cada uno de los capítulos.

No nos cansaremos nunca de repetir que el aparato crítico es lo que da rigor y autoridad a una obra, y lo que permite a esta alcanzar sus fines. En pleno ataque de la «memoria histórica», conviene además ofrecer una bibliografía de la más alta calidad científica, que resulte irreprochable e irrefutable.

## 6. Contexto histórico: nuevos temas

Resulta imprescindible (como señaló Montero en su momento) encuadrar la persecución religiosa haciendo referencia a sus orígenes y antecedentes. Esto suele hacerlo la mayoría de los autores, centrándose especialmente en la legislación y episodios anticlericales de la II República. Es menos frecuente que esa introducción histórica no tenga un tono beligerante, sobre todo como reacción a la llamada «memoria histórica». A este respecto podría señalarse que no es necesario el tono polémico: basta que esa introducción sea precisa.

Pero a estas alturas creemos que no es suficiente una mera referencia a la II República española. La renovación metodológica de la hagiografía pasa por la incorporación de nuevos temas, que ayuden a entender en toda su profundidad el significado de la persecución religiosa y el martirio.

Así, en las raíces de la violencia anticlerical se pueden distinguir causas externas, además de causas internas. Entre las causas externas es claro que hay que situar la persecución española en un contexto más amplio de la «apostasía de las masas» y la aparición de los sistemas totalitarios en el siglo XX (con las persecuciones que acarrearán en otros países). Como señala Adriano Roccucci en estas mismas páginas, el siglo XX es el siglo del martirio, precisamente porque los sistemas totalitarios tienen un carácter *para-religioso*, lo que les hace asumir un carácter «confesional», planteando como típicas «guerras de religión» sus políticas de destrucción de la Iglesia. Todo ello se encuadra además en una «cultura de la muerte» que se establece a partir de la I guerra mundial. Pero es que, además de este enfoque general, hay más: el mismo autor recuerda cómo en 1929 el segundo congreso de la Unión de los sin Dios lanzó en la URSS el «primer plan quinquenal del ateísmo». Seguirle las pistas a ese plan sería una de las nuevas tareas que debería abordar la investigación sobre los mártires: cuándo y cómo llegan noticias de ese plan a España, si existen referencias concretas a él, cómo se divulga...

Por lo que se refiere al otro gran sistema totalitario, si la *Shoa* ha servido, según señala Roccucci, para establecer el vínculo entre la modernidad y la violencia, otro autor, Alfredo Verdoy, propone los estudios sobre este tema como modelo para las investigaciones sobre los mártires. Establece en este sentido paralelismos interesantes: tanto en el caso de los nazis como en el de la guerra civil, los verdugos sentían que estaban cumpliendo con un deber y colaborando a la construcción de una nueva sociedad. En ambos casos solo importaban los fines, nunca los medios. En cuanto a la mentalidad de las víctimas, Verdoy piensa que en el caso de los mártires españoles hubo

una clara reafirmación de su fe y de su identidad nacional, y, en el de los judíos, de su pertenencia al pueblo hebreo. Como diferencia indica sin embargo el carácter más o menos secreto de las matanzas nazis, y el carácter público y de escarmiento de la violencia anticristiana en España<sup>25</sup>.

En cuanto a las causas internas de la persecución religiosa, es decir, las que tienen su origen en el propio territorio nacional, se ha señalado ya la cada vez más importante cantidad de estudios sobre el anticlericalismo. Anticlericalismo que no hay que entender ya solo y exclusivamente como una serie de medidas legislativas o de episodios violentos, sino, como han señalado Manuel Álvarez Tardío y José Luis Ledesma, como una verdadera «subcultura política» que sirve de banderín de enganche a grupos por lo demás heterogéneos tanto política como socialmente. La «revolución religiosa» se convirtió así en objetivo prioritario de la II República, arramblando así, *de facto*, el principio de libertad de conciencia propugnado por el liberalismo juntamente con una «verdadera» separación entre Iglesia y Estado<sup>26</sup>.

Este enfoque «político» de lo religioso (y viceversa) constituye, por lo demás, un buen ejemplo de integración de lo religioso dentro de la historia política. No se trata de estudiar ambos aspectos como cuestiones separadas e independientes,

<sup>25</sup> ALFREDO VERDOY, «Los martirologios españoles de la guerra civil», cit., pp. 642-643.

<sup>26</sup> MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO, *Anticlericalismo y libertad de conciencia: poder y religión en la Segunda República Española (1931-1936)*, cit., Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2002 y «Justicia y Derecho en España, 1936-1940», en JOSÉ MARÍA PRIETO SOLER y JOSEMARÍA GARCÍA DE LOMAS MIER (eds.), *La Iglesia en tiempos difíciles (1936-1939)*, CajaSur, Córdoba 2009, pp. 77-90. De este autor véase también «La idea de la revolución y la superación del liberalismo en la Segunda República española», en ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA y LUIS EUGENIO TOGORES SÁNCHEZ (eds.), *La República y la Guerra Civil setenta años después*, Actas, Madrid 2008, vol. 2, pp. 32-47. De MANUEL PÉREZ LEDESMA, aparte de su obra ya citada con MANUEL CRUZ (*Cultura y movilización e la España contemporánea*), señalemos «Palabras de fuego. El anticlericalismo republicano», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 6, 2, 2005, pp. 205-226.

sino, como señala Antón Pazos, de ver cómo se influenciaron mutuamente<sup>27</sup>. Es lo que sucede con otro de los grandes temas ligados con los mártires: el de la descristianización o apostasía de las masas. Queda indicada la importancia de los sistemas totalitarios como nuevas para-religiones o religiones políticas. Pero dentro de esta interacción entre política y religión habría que pasar revista también a las diferentes opciones políticas del catolicismo español (de más moderado y liberal a más autoritario), y ver en qué medida reaccionaron y evolucionaron en el escenario republicano, en especial a partir de la revolución de Asturias de 1934. ¿Fue el martirio, como sostienen algunos, consecuencia del alineamiento del clero y de los católicos en general con las derechas, o más bien ese alineamiento se fue fraguando como consecuencia de la legislación y la violencia antieclesiástica? La pregunta tiene su importancia, pues se trata de determinar que los mártires fueron muertos, sobre todo, por la fe (aunque ello no excluya otro tipo de causas).

Habría que añadir a los señalados otros factores, anteriores en el tiempo, que inciden en la descristianización y la formación de un ambiente hostil a lo católico, como la propaganda y la acción de los activistas anticlericales, con especial atención a la prensa (no solo «obrera»), las nuevas formas de socialización (incluidos ateneos libertarios y casas del pueblo, pero también la evolución de las costumbres y los vínculos sociales y familiares), o el proceso de secularización (forzosa en el caso de la legislación republicana) de áreas como la sanidad y la enseñanza<sup>28</sup>. Buena

<sup>27</sup> Véase como modelo TOM BUCHANAN, «Las iglesias británicas ante la guerra civil española», en la obra coordinada por ANTÓN PAZOS, *Religiones y guerra civil española: Gran Bretaña, Francia, España*, CSIC, Instituto de Estudios Gallegos «Padre Sarmiento», Santiago de Compostela 2011, pp. 21-37.

<sup>28</sup> Aparte de la tantas veces mencionada secularización de la enseñanza y la implantación de un sistema laicista de enseñanza, habría que abordar aspectos menos conocidos como los procesos de «depuración» del personal religioso de instituciones públicas, como asilos, hospitales y otros centros de beneficencia. José Luis Ledesma relaciona la duración del anticlericalismo español (comparado con otros países de cultura católica como Francia, Italia o Portugal) con el lento proceso de secularización «*Delenda est Ecclesia. Sulla violenza anticlericale e*

parte de estas cuestiones están ya siendo estudiadas, siendo necesario incorporarlas en las hagiografías<sup>29</sup>.

Claro está que, como señalaron los padres Peiró y Sarabia en su momento, la descristianización no era tan solo resultado de la propaganda antirreligiosa, sino que la penetración de esta había resultado posible debido a la situación de la Iglesia española en los años 30<sup>30</sup>. Curiosamente, en las historias de la persecución religiosa y de los mártires este capítulo merece menos atención que el propio fenómeno del anticlericalismo, cuando, bien mirado, resulta imprescindible para entender no solo ese proceso de descristianización, sino el mundo del que proceden los mártires y, por tanto, su formación, entorno social, ministerio, pastoral, etc. Resultaría por tanto necesario analizar el número total de clero en cada provincia o diócesis, su origen social y geográfico, su proceso y nivel de formación, número de vocaciones, espiritualidad y actividad concreta en el terreno pastoral, educativo y asistencial<sup>31</sup>. Esto, por lo que se refiere a los eclesiásticos: con

la guerra civil del 1936», en ALFONSO BOTTI (ed.), *Clero e guerre spagnole...*, cit., p. 320. Sobre el mismo tema, MANUEL PÉREZ LEDESMA, «Anticlericalismo y secularización en España», en ANTONIO MORALES MOYA (dir.), *Las claves de la España del siglo XX: la cultura*, Nuevo Milenio, Madrid 2001, pp. 269-285. Por último, un interesante enfoque comparativo es el de MANUEL ALVAREZ TARDIO, «Política y secularización en la Europa contemporánea», *Studia histórica. Historia contemporánea* 16, 1998, pp. 143-166.

<sup>29</sup> De las depuraciones de que fueron objeto las Hijas de la Caridad se está ocupando actualmente sor Josefina Salvo Salanova, postuladores de las Causas de los Santos de las Hijas de la Caridad, de los Paúles y de las Comunidades Vicencianas, quien nos comunicó amablemente los resultados de sus investigaciones.

<sup>30</sup> FRANCISCO PEIRÓ, *El problema religioso-social de España*, Razón y Fe, Madrid 1936; RAMÓN SARABIA, *España... ¿es católica?*, El Perpetuo Socorro, Madrid 1939.

<sup>31</sup> Citemos a modo de ejemplo el amplio estudio de ANTÓN PAZOS, *El clero navarro (1900-1936). Origen social, procedencia geográfica y formación sacerdotal*, Eunsa, Pamplona 1990. Por lo que se refiere al estado general de los seminarios, la visita de 1933-1934, tan citada por muchos autores, ha sido estudiada por VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *Informe de la visita apostólica a los seminarios españoles en 1933-1934*, Sígueme, Salamanca 2006.

relación a los laicos (los grandes ausentes de la mayoría de las hagiografías) habría que ver el nivel de práctica religiosa, el entramado de asociaciones católicas, la implicación de los laicos en la vida eclesial, su proyección en la vida social y política y, en suma, el día a día de relaciones, afectos y costumbres que llevaron a estas personas a padecer y asumir el martirio.

Dentro de esto, resulta necesario aclarar algunos términos y hábitos que han dejado de ser familiares para el lector medio o que se han cargado de otros significados. Por ejemplo: visto que muchas de las víctimas morían al grito de «Viva Cristo Rey», habrá que aclarar qué significaba el culto de Cristo Rey, si no queremos que los jóvenes (o no tanto) se lleven la impresión de que los asesinados pertenecían a un grupo armado de extrema derecha... El estudio de la devoción a Cristo Rey arrojaría luz sobre la extensión de una espiritualidad martirial a partir del movimiento cristero en México. Los documentos pontificios de la época se referían indefectiblemente a México, Rusia y España, y valdría la pena rastrear la popularización del culto a Cristo Rey en nuestro país en relación con la revolución mexicana. Otra devoción que predispone los ánimos de los católicos españoles hacia el martirio es la centrada en torno al Sagrado Corazón, mediante la multiplicación de prácticas de signo reparador (entre las cuales se cuenta el martirio)<sup>32</sup>. Por lo mismo, cuando se reproduzcan fuentes con testimonios de la época, hay que aclarar todo lo que se refiera al lenguaje devocional, o a ciertos patrones de conducta que ya no se reconocen en la sociedad actual. Volveremos sobre esto al hablar del lenguaje.

Otro aspecto que en su día señaló Montero y que no siempre recibe la atención merecida es el del «martirio de las cosas», es decir, la violencia contra edificios, objetos y símbolos religiosos. El valor simbólico de estas destrucciones fue señalado por Berdiaev respecto a la revolución bolchevique, cuyos líde-

<sup>32</sup> ALFREDO VERDOY, «Los martirologios españoles de la guerra civil», cit., pp. 639-640.

res promovieron sistemáticamente la sustitución de los viejos y venerados símbolos religiosos por los de la nueva «religión» del partido<sup>33</sup>. En España, la Semana Trágica de Barcelona dio la medida de hasta dónde podía llegar el furor iconoclasta, en el que, por cierto, destacaron las mujeres<sup>34</sup>.

También Montero señalaba que habría que resaltar la «otra cara» de la persecución, es decir, el desarrollo de la vida religiosa en la clandestinidad, que exigía también valor y heroísmo, y da las verdaderas dimensiones de una persecución que no se limitaba al clero ni a los seglares católicos más conspicuos. En las memorias de la época abundan los relatos sobre la celebración de misas y la administración de sacramentos en las cárceles y en domicilios particulares, cuyos detalles podrían muy bien añadirse al gran telón de fondo del martirio.

Relatar el martirio resultaría también incompleto si no se hiciera referencia al perdón al que va aparejado. El profesor José Andrés-Gallego defiende desde hace tiempo la necesidad de rescatar del olvido los numerosos actos de piedad y ayuda a las víctimas de la persecución por parte incluso de miembros del bando de los perseguidores (realidad que atestiguan testimonios particulares de personas que lograron salvar la vida gracias a este tipo de intervención)<sup>35</sup>. Por otro lado, habría que ver también el perdón en su dimensión eclesial, familiar y social. ¿Perdonaron las familias de las víctimas? ¿Perdonó la comunidad donde se llevaron a cabo martirios de personas y cosas? ¿Hubo represalias por parte de la Iglesia o bien su actitud fue de perdón? ¿Cuál

<sup>33</sup> Así, el antiguo «rincón hermoso» o «rincón rojo» (por las luminarias) donde en todas las casas se colocaba el icono, fue sustituido por el «rincón de Lenin», donde se colgaba una efigie del líder bolchevique, y una pequeña biblioteca con sus obras.

<sup>34</sup> ALFREDO VERDOY, «Queremos comunismo, no queremos Catecismo. El anticlericalismo violento camino del clericio de 1936», *Ciudad de Dios*, Vol. 220, n.º 3, 2007, pp. 602-606.

<sup>35</sup> Una recopilación de casos en <http://joseandresgallego.wordpress.com/>. Allí mismo se recoge la historia del P. Eliseo Bardón, agustino, seminarista en Uclés por aquel entonces, que sirve para ejemplificar este tipo de intervenciones.

fue la incidencia de estos martirios en el mundo cristiano? Son cuestiones complejas y que sin duda no pueden tener una sola y fácil respuesta, como algunos estudios han puesto de relieve<sup>36</sup>. No se trata tampoco de «equilibrar la balanza» de la «memoria histórica» en el sentido de ofrecer una imagen de perdón frente a la de represalia y terror generalizado que ofrecen los partidarios de la «memoria» en reivindicación de la «otras» víctimas (las del franquismo). Se trata más bien de ponderar cuál fue el calado de la fe religiosa, a través de sus manifestaciones de piedad y misericordia (como queda dicho) y de perdón y caridad. En otras palabras, si hay que medir el grado de descristianización de la sociedad, existen estos otros «indicadores» para medir hasta qué punto esa misma sociedad seguía siendo cristiana, o aumentó la profundidad de su fe a raíz de los hechos<sup>37</sup>.

Todos estos temas, más otros que se irán incorporando según avance la investigación, contribuirán sin duda a situar exactamente el martirio en su contexto y a dotar de una mayor profundidad a su comprensión.

## 7. Estructura de la obra

Con todo ello, aumenta, sin duda, la complejidad de la obra, cuya estructura debe quedar clara en la metodología, y debe ser

<sup>36</sup> Por ejemplo, VICENTE CARCEL ORTÍ dedica amplias páginas a «La Iglesia contra la represión de los nacionales» y «El obispo Olaechea, defensor de los detenidos políticos» en *Caidos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*, Espasa, Madrid 2008, pp. 263-365.

<sup>37</sup> Un híbrido entre la «memoria» y la «hagiografía» es el libro de JESÚS BASTANTE, *Mártires por su fe. Hablan los hijos de los católicos asesinados durante la guerra civil*, La Esfera de los Libros, Madrid 2010. En él las entrevistas con los descendientes o familiares de los mártires van precedidas a veces de un prólogo en el que se suele hacer referencia al perdón y a la reconciliación (o incluso a la justificación, por este mismo motivo, de la «memoria histórica»).

coherente con ella. En este sentido, señalamos que hay que evitar la fragmentación. A veces se produce el efecto de «corta y pega» cuando se realizan descripciones por lugares o por personajes, sin establecer ningún vínculo narrativo o lógico entre ellos. Da la impresión de que se han transcrito series de fichas, sin ningún tipo de cohesión entre ellas. Esto puede tener su origen en la misma formación de las Causas, que agrupan a individuos de la misma orden, provincia eclesiástica o diócesis. Como se suelen acumular en un mismo volumen las biografías de los mártires que pertenecen a una misma familia religiosa o Causa, la reiteración de este esquema o «ficha» acaba disolviendo la individualidad de los biografiados, y produce un efecto de monotonía. Se corre el riesgo de que este tipo de libros se conviertan en una especie de diccionario biográfico o índice alfabético, escrito más para la consulta puntual que para la lectura completa, cosa por lo demás útil y necesaria de por sí. Lo cual no excluye, para evitar esa fragmentación y lograr un relato más atractivo y coherente, otro tipo de obras en que se partiera por ejemplo de una parroquia o una comunidad para describirla y luego ver la suerte que corrieron sus miembros (a veces juntos, otras por separado). Ello ahorraría de paso las repeticiones o el orden poco claro.

Teniendo en cuenta que hay que perseguir siempre la coherencia y la lógica narrativa, ¿cómo lograr dar unidad y sentido a las diferentes biografías? Precisamente poniéndolas en relación: con el ámbito geográfico y social y político en que se desarrollan, con la labor desarrollada por esa orden o esa persona, y con las relaciones y vínculos existentes entre ellas. Esto «salvaría» también el escollo de la escasez de datos sobre la vida de algunos mártires.

En definitiva, las vidas de los mártires no dejan de ser biografías. Como tales, deberían incorporar las últimas tendencias historiográficas, que tienden a situar al biografiado en su época y en su red de relaciones sociales. Es lo que tarta de hacer la prosoprografía. Así, la historia de un mártir no debería limitarse a dar noticia en términos laudatorios (por lo demás

bastante convencionales) sobre sus primeros años y (en el caso de presbíteros y religiosos) de su «carrera» eclesiástica, seguida de una descripción del martirio, sino que debe ir acompañada de todo ese entorno al que se ha hecho referencia.

## 8. Lenguaje

Es uno de los aspectos a que se refería Montero y que nos parece, con el del aparato crítico, que sigue siendo fundamental, sobre todo porque existe la fuerte tentación de dejarse arrebatar por el acaloramiento apologético ante la virulencia de los ataques de los representantes de la «memoria histórica». Recordamos una vez más que tanto una historia sobre la persecución religiosa, como sobre uno o varios mártires, es siempre una obra histórica. Al menos, nos referimos a las que se presentan como tales. Por tanto, debe adoptar un lenguaje adecuado.

Hay que cuidar los títulos: aunque va siendo menos frecuente, hay ejemplos abundantes en el pasado de títulos almibarados o efectistas, que solo van a interesar a grupos reducidos de lectores y van a producir rechazo en la mayoría de la sociedad, no porque sean «políticamente incorrectos», sino porque ese lenguaje ha dejado de tener vigencia<sup>38</sup>. Por lo mismo, es necesario evitar el lenguaje místico. Reproducimos como ejemplo de lo que era esta literatura en los años 40 un fragmento de «De un Montserrat a otro», que describe en términos místicos a los mártires pero que históricamente no aporta nada, e incluso devocionalmente puede parecer desfasado (aunque este tipo de valoración no sea el cometido de un historiador):

<sup>38</sup> Valgan como ejemplo las siguientes obras, sacadas del catálogo de la Biblioteca Nacional: ANTONIO ARACIL, *Dolor y triunfo: Héroe y mártires en pueblos de Andalucía durante el Movimiento Nacional*, Barcelona 1944; *Tres azucenas carmelitas* (1943); *Flores y frutos de caridad* (Zaragoza 1947); *Tres azucenas ensangrentadas de Guadalajara* (sin fecha: antes de 1961).

«*Dom Hildebrand*, el més infant dels postres màrtirs. De la taula monàstica n'haurieu tastat només la llet. I com, primaveral encara, el paladar de Crist ja us va trobar madur? Us va trobar madur, i amb les primícies religioses encara fresques a les mans»<sup>39</sup>.

Junto al lenguaje místico, hay que evitar las expresiones sentimentales y cargadas de emotividad por parte del autor. El recurso al sentimentalismo y la identificación emotiva son, por cierto, frecuentes en los libros y obras cinematográficas englobados en la corriente de la «memoria histórica», donde los autores no dudan en decir que se conmueven, estremecen, sienten horror o incluso lloran al contemplar los hechos. También hay que evitar el uso de expresiones tremendistas y efectistas: a veces la descripción forense es suficientemente tremendista en sí...; aquí se hace evidente lo de que los hechos hablan por sí solos. En este terreno resulta difícil la contención a la hora de rebatir a los autores de la «memoria histórica», sobre todo porque, como se ha dicho, la «memoria» implica el uso un lenguaje subjetivo, sentimental y tremendista para apelar al público. Por eso la pregunta que hay que plantearse es: ¿resulta lícito emplear este lenguaje si los demás también lo hacen?

Otra de las constantes en las obras de los años 40 es el tono triunfalista o victimista (algo más o menos lógico y frecuente en las obras escritas «en caliente»). En todo caso, es necesario depurar el lenguaje de la época y evitar que se filtren expresiones de este tipo en la obra final. Por ello, si se reproducen o citan fuentes, hay que explicar y situar en el contexto las expresiones que puedan parecer chocantes, incluidas las referidas a devociones como la de Cristo Rey, a cuya invocación morían muchos de los mártires. No hay que olvidar, por último, que se escribe para un público del siglo XXI, con otros cánones estéticos y diferente sensibilidad.

<sup>39</sup> «D'un Montserrat a l'altre», inédito atribuido a PACIA GARRIGA y recogido por JOSEP MASSOT I MUNTANER en *La persecució religiosa de 1936 a Catalunya. testimoniatges*, op.cit., p. 101.

## 9. Unas palabras sobre la «memoria histórica»

La mayor tentación a la hora de escribir una historia de los mártires es escribir una «contra-memoria histórica». Es casi inevitable, por otra parte, que en el contexto actual de la producción historiográfica sobre la II República, la guerra civil y el franquismo, cualquier obra sobre los mártires sea colocada en el platillo opuesto al de la «memoria» y presentada en clave de «negacionismo» o «revisionismo», como gusta de calificar la historiografía de izquierdas a todo lo que no cuadra en su esquema interpretativo. Dentro de ese esquema, según el cual el clima de convivencia en la II República fue idílico, y solo un alzamiento militar de carácter fascista vino a terminar de forma criminal con el mayor ambiente de libertades de la historia de España, el hecho de la persecución religiosa es y será siempre piedra de escándalo y de contradicción, por lo que se intentará negarlo, camuflarlo o desvirtuarlo, cuando no diluirlo.

Negarlo o camuflarlo, ocultando el componente esencial del martirio, es decir, el odio a la fe. De esta manera, resulta indispensable insistir en la definición del martirio: sin negar la influencia de otras causas (políticas, sociales, incluso económicas), pues suelen ir entremezcladas, no hay que consentir que las de tipo religioso queden anuladas. En este sentido cabe distinguir dos posturas bien definidas. Para los partidarios de la «memoria histórica» y la historiografía de izquierdas en general (Tuñón de Lara, Julián Casanova, sin excluir a algún eclesiástico como el padre Rager), los mártires no fueron asesinados por motivos religiosos, sino por apoyar a la derecha o, simplemente, por motivos políticos y sociales (su identificación con los partidos de derechas y con las clases sociales más poderosas). Aparte de falsear y ocultar el hecho de la persecución religiosa, esta interpretación lleva en el fondo a justificarla: como los curas (o católicos laicos) eran «fachas», es lógico que los mataran... Insistimos en que un estudio a fondo de los mártires en su contexto geográfico y social resulta indispensable para despejar tópicos como el de la identificación con «los ricos».

Según la interpretación de monseñor Montero y la mayoría de los historiadores que han seguido sus huellas, como Ángel David Martín Rubio, las motivaciones de las muertes son múltiples y complejas, como lo es el propio ser humano, pero el predominio de las de tipo religioso es evidente en la persecución al clero y, añadimos, en la destrucción de objetos, símbolos y edificios religiosos. Obviamente, la difusión de la expresión «mártires por Dios y por España» contribuyó no poco a dificultar el discernimiento de las diferentes circunstancias que concurrieron en la muerte de tantos laicos y religiosos. Pese a la tentación de la «memoria histórica» (que también erige en mártires a las víctimas del otro bando), conviene siempre volver sobre la definición originaria de «martirio».

Decíamos que una de las opciones ante el fenómeno de los mártires cristianos es diluirlo, lo que se hace precisamente desvirtuando o dando otro contenido a la palabra «mártir», en el sentido de «víctima» (normalmente en nombre de una causa noble). Tal es la forma en que se presenta, por ejemplo, a los maestros republicanos<sup>40</sup>. No sería de extrañar, y habría que comprobarlo en las fuentes hemerográficas, este uso de la palabra en la zona republicana durante la misma guerra.

Otro de los aspectos «polémicos» de los mártires de la época de la República y de la guerra civil, que causó su arrinconamiento durante los años 60, y es pretexto hoy en día para su descalificación, es el apoyo de la Iglesia a Franco durante la contienda. Esto, para la historiografía de la «memoria histórica», constituye un pecado original que no hay bautismo capaz de borrar, hasta el punto de que en el mejor de los casos hace perder a la Iglesia cualquier derecho para reivindicar a sus mártires y, en el peor, llega a convertirse en explicación cuando no justificación más o menos directa del martirio. ¿Qué postura cabe adoptar ante este hecho? Afortunadamente, este período de la historia de la Iglesia

<sup>40</sup> M.<sup>a</sup> ANTONIA IGLESIAS, *Maestros de la República: los otros santos, los otros mártires*, La Esfera de los Libros, Madrid 2010.

está siendo objeto de estudios cada vez más profundos, que pueden ayudar a despejar muchas dudas y a deshacer muchos equívocos. Nos referimos concretamente a los trabajos ya citados sobre el cardenal Gomá, autor de la famosa carta colectiva del episcopado español que con tanto frenesí como desconocimiento suele esgrimirse para descalificar la postura de la Iglesia, y que ha de ser valorada en su justo contexto. No se trata por tanto de evadir cuestiones que pudieran parecer espinosas, ni de ocultar (aun con buena intención) aspectos que se prestan a la polémica, sino al contrario, de abordarlos con rigor, para conseguir entender los hechos en su complejidad. Antes de que Gomá tomara esta postura: ¿cuántos esfuerzos de conciliación realizaron él y otros miembros de la Iglesia española?, ¿fue la actitud de los católicos hostil a la República desde el primer momento?, ¿cuáles fueron las diferentes opiniones en el mundo católico ante la política azañista, primero, y ante el estallido bélico, después?<sup>41</sup>.

Una última consideración: si en 1987 Albert Manent consideraba (quién lo iba a decir) la persecución religiosa como uno de los capítulos más olvidados de la memoria histórica, conviene evitar que en 2012 se convierta en *otro* capítulo más. Es decir, en simple y pura «memoria» (o «contra-memoria») histórica, en lo que esta tiene de actitud reivindicativa y catártica. En efecto, en el fenómeno de la «memoria histórica» asistimos a un desplazamiento de la memoria personal e individual (la única existente en cuanto a fenómeno psíquico) a la colectiva o social. Además, la «Memoria» con mayúscula se convierte también en agente histórico o, por decirlo en términos hegelianos, en «conciencia histórica» que actúa por medio de signos, símbolos y prácticas (en los que habría que incluir las leyes, procedimientos, libros, celebraciones, monumentos e incluso *souvenirs*). Lo característico de esta memoria es la «materialización» en

<sup>41</sup> Recordemos de nuevo la edición del archivo Gomá a cargo de JOSÉ ANDRÉS GALLEGO y ANTON PAZOS, así como la obra biográfica sobre el cardenal de Miguel Ángel Dionisio Vivas. Sobre los intentos de conciliación véanse las obras ya citadas de VÍCTOR MANUEL ARBELOA, *La semana trágica de la Iglesia en España (8-14 octubre 1931)* o *La Iglesia que buscó la concordia (1931-1936)*.

cualquier tipo de objeto o artefacto cargado de *pathos*, es decir, de carga emotiva: el cascote de un viejo edificio, un juguete roto, un hueso... Esta memoria adquiere dimensiones desconocidas hasta ahora para la disciplina histórica: aparecen términos y categorías freudianos como el poder terapéutico de esta memoria a través del «duelo» y la superación. Eso explicaría el afán de los familiares de las víctimas por localizar y dar sepultura a los restos al cabo de varias generaciones, cuando las contemporáneas a los hechos normalmente consideraron este aspecto como algo secundario: lo mejor era dejar a los muertos donde estaban, dejarles «descansar en paz» y seguir viviendo. Una segunda dimensión, relacionada con esta, tiene que ver con la sublimación de las víctimas y el sufrimiento, que se convierte en algo «absoluto» y que conlleva la exigencia ética de petición de justicia. Solo esa necesidad de «catarsis» justifica por sí sola ese empeño en hallar restos y «revivir» experiencias (que en realidad pertenecen a la generación de los abuelos o bisabuelos) para poder «superarlas»<sup>42</sup>.

### Conclusión: hacia una nueva hagiografía

Estos aspectos de la memoria histórica, que suelen escapar a la consideración de los historiadores españoles, han de ser tenidos en cuenta porque ayudan a entender el fenómeno y su popularidad, más allá de los aspectos políticos, más comentados y quizá evidentes. Pero también conviene tenerlos presentes porque son los nuevas Escila y Caribdis en los que puede estrellarse hoy en día cualquier historiador, incluido el de los mártires. Como nuevo Odiseo, deberá atarse al mástil del rigor historiográfico si no quiere sucumbir a los cantos de sirena de la memoria, pero,

<sup>42</sup> Para todas estas consideraciones sobre la memoria histórica sigo a KERWIN LEE KLEIN, *From History to Theory*, University of California Press, Berkeley/Londres 2011, especialmente el capítulo 5: «On the emergence of *Memory* in Historical Discourse», pp. 112-137.

como el héroe, no ha de taponarse los oídos, sino que ha de ser consciente de todos los «peligros metodológicos» que le acechan. Frente a una historia de corte subjetivo, emocional, basada casi exclusivamente en fuentes orales, que busque conmover al lector y «convencerlo» a través de los sentimientos, solo cabe anteponer una historia basada en el rigor metodológico, en la depuración y adaptación del lenguaje a nuestros tiempos y en la incorporación de nuevas fuentes, temas y perspectivas. Solo de este modo se logrará superar la dicotomía señalada en su día por Montero entre obras historiográficas sobre la persecución y obras hagiográficas.

Comunicaciones

Fuentes para el estudio de  
la persecución religiosa en España